

946.03 12 enero 79
L217c

URBANO MANINI EDITOR

v.2

CRISTÓBAL COLÓN
v.2

DESCUBRIMIENTO DE LAS AMÉRICAS

Esta obra es propiedad de D. Urbano Manini, y nadie sin su consentimiento podrá reimprimirla ni traducirla.
Queda hecho el depósito que marca la ley.

Tomo II



FSRM

8484

Imp. de Santos Larzá, calle de Hortaleta, 123.

PÁRTE SEGUNDA

DESCUBRIMIENTO DE AMERICA.

Capitulo I.

Lo desconocido.

No constituye la historia que vamos refiriendo á nuestros lectores una de esas novelas de interés y de enredo, en las que pudiendo el autor inventar los personajes más importantes, y enlazarlos unos con otros resultan infinitas peripecias que mantienen viva la ansiedad del lector y le hacen llegar desde la primera página á la última sin abandonar el libro de sus manos.

Nuestro propósito al bosquejar la figura del in-

mortal Colon con el soberano pincel de Lamartine, y al seguirle paso á paso poniendo en accion todos los acontecimientos de su vida por nuestra propia cuenta, no es exclusivamente entretener á los lectores, sino hacerles asistir á todos los momentos de la interesante vida del gran descubridor del Nuevo Mundo, para que puedan no sólo comprender su portentoso descubrimiento; sino apreciar las circunstancias que precedieron y acompañaron á la conquista de las Américas; y cuanto pudiéramos fingir sobre este punto, seria inferior á la misma verdad.

Por más que con este sistema parezca monótono nuestro relato, no tenemos más remedio que seguir paso á paso á Colon y recibir con él las impresiones, que recibió en su primer viaje hácia lo que él y sus compañeros suponian que eran las Indias.

Tiempo tendremos de distraer la imaginacion de nuestros lectores con la narracion de las costumbres y de los episodios, de los habitantes de las nuevas tierras en dónde iba á penetrar la luz de la civilizacion bajo la forma del cristianismo, y mientras llegamos á visitar los pintorescos paisajes, las espumosas cascadas, los caudalosos rios, en una palabra, todos los detalles de aquel pais virgen y fecundo en maravillas, acompañemos á Colon en su espedicion exploradora, para no perder un sólo latido de su corazon en aquella arriesgada empresa.

Inmenso era el valor de aquel hombre y grande el prestigio que tenia á los ojos de los que le seguian.

¿Puede darse más atrevida empresa que la de entregarse á una frágil tabla para recorrer las inmensidades del mar sin rumbo fijo, por una senda erizada de escollos y sin más porvenir que lo desconocido, ese terrible é insondable abismo que lucha con el genio y le aniquila la mayor parte de las veces?

Pero Colon habia logrado transmitir su fé á los que le acompañaban, y todos anhelosos, salieron de la barra de Saltes, el viernes 3 de agosto de 1492, á las ocho de la mañana, despues de haber cumplido todos sus deberes de cristianos.

Gran conocedor de los hombres Colon se propuso ocultarles parte de la distancia que andaban diariamente, por si acaso tardaba mucho tiempo en hallar tierras, y su paciencia se acababa.

Durante todo el dia anduvieron las embarcaciones hácia el Sur sesenta millas ó sean quince leguas. (1)

El rumbo que llevaban era hácia Canarias.

Los dos dias siguientes no ocurrió nada de particular en la espedicion.

El camino que seguian era conocido, y todavía no habia empezado á apoderarse de su alma la zozobra.

El dia 6 ocurrió un accidente.

El timon de la carabela *Pinta*, mandada por Martin Alonso Pinzon, se rompió.

(1) Colon usaba millas italianas de mayor extension que las españolas, puesto que cuatro de aquellas equivalen á tres y estas á la medida de una legua.

Apenas se informó de este suceso el almirante, se trasladó á la carabela, y comprendió desde luego cuál era la causa de aquel siniestro.

Aunque convencidos y entusiasmados por el lenguaje de Colon, Gomez Rascon y Cristóbal Quintero, dueños de la carabela, en el momento de partir, sintieron en extremo haberse dejado dominar por la elocuencia del almirante; durante los dos dias de viaje que llevaban habian reflexionado, y querian á toda costa detener su marcha.

De acuerdo aquellos dos hombres idearon un medio de que la embarcacion no pudiera continuar el viaje, más que por otra causa por quedarse en Canarias; y aprovechándose de la oscuridad de la noche y de un momento en que Martin Alonso Pinzon estaba distraido, hicieron lo posible para inutilizar el timon.

Aquel golpe era terrible, porque no era posible que la embarcacion continuase el camino, y si tenia que quedarse el almirante al principio de él, sin Martin Alonso Pinzon con cuyo esfuerzo y pericia contaba sobremanera, se privaba de uno de sus más importantes servidores.

No tardó en comprender que Rascon y Quintero habian sido los autores de aquella felonía, y para castigarlos los mandó conducir á su nave, considerándolos allí como sus prisioneros.

Arreglóse el timon de la mejor manera posible, y pudo llegar hasta la isla de Lanzarote, no sin que ántes hubiera grandes discusiones entre los pilotos

de las tres carabelas del almirante acerca de la situacion que ocupaban y de la distancia á que se hallaban de la isla de la Gran Canaria.

Viendo que era imposible que *La Pinta* pudiese acompañar á las otras dos carabelas, resolvió Colon llegar hasta la Gran Canaria para cambiarla allí por otra embarcacion en buen estado, y hacer que la mandase Martin Alonso Pinzon, de cuyos servicios no queria privarse.

El domingo 9 por la noche llegaron á la vista de la Gomera, y por mandato del almirante se quedó en aquella costa Martin Alonso Pinzon.

Poco despues dispuso Colon tocar en Tenerife.

Allí permanecieron algunos dias mientras se arreglaba la embarcacion, y despues volvieron á la Gomera.

El 2 de setiembre estaban las tres embarcaciones en estado de continuar de nuevo su interrumpido viaje.

La llegada de aquellos intrépidos marinos produjo gran sensacion en la Gomera, donde á la sazón gobernaba aquella isla doña Inés Peraza, madre de Guillén Peraza, que fué despues el primer conde de la Gomera.

Enterados de los deseos y de las aspiraciones de Colon, le dijeron los habitantes de la Gomera que todos los años veian tierra al Oeste de las Canarias, lo cual no estrañó Colon, porque estando en Portugal habia hablado con un marino que desde la isla de la Madera habia ido á Lisboa á pedir al rey auxilios

para explorar la tierra que veía desde las islas Azores, y había manifestado lo mismo.

Obsequiados por sus compatriotas y provistos de víveres, se despidieron de ellos el jueves 6 de setiembre para continuar su viaje.

Un nuevo contratiempo surgió, y puso en gran aprieto al almirante.

Por una carabela procedente de la isla de Hierro, supo que tres embarcaciones de Portugal andaban por aquellas aguas acechando la llegada de los buques de Colon, con el objeto de destruirlos.

El rey de Portugal, disgustado porque Colon había desechado sus proposiciones, y envidioso de que el ilustre genovés pudiese conquistar para el reino de España la gloria que en otro tiempo le había ofrecido, mandó aquellas galeras con el objeto de que interrumpieran su viaje, y si era posible, le aprisionasen y le llevasen á Lisboa.

Gracias á la precaucion de Colon, esta tentativa fué estéril.

Aprovechando la calma, permaneció dos dias entre la Gomera y Tenerife, y cuando comenzó á soplar el viento, tomó el rumbo hácia el Oeste, y se libró de la persecucion de sus enemigos.

El desaliento de la tripulacion empezó á notarse.

Parecia que costaba trabajo á los marineros separarse de aquellas aguas conocidas, y Colon, que vigilaba todos sus actos, que los exhortaba á todas horas, que los animaba á cada instante, tenia en mu-

chas ocasiones que guiar el timon por sí propio, para que la marcha no fuera tan lenta como querian los marineros.

De pronto se aumentó el temor de aquellos navegantes.

El volcan del pico de Tenerife se inflamó, los rayos que lanzaba de su candente seno se reflejaban siniestramente en el mar.

Los marineros creían ver en aquellas llamas la espada de fuego del ángel que arrojó al hombre del Eden, y se figuraban que se levantaba enfrente de ellos para impedirles avanzar por los mares desconocidos.

El almirante tuvo que visitar las tres embarcaciones para disipar el pánico que se había apoderado de su gente y explicar á aquellos hombres ignorantes las leyes físicas de aquel fenómeno.

Pero cuando perdieron de vista el pico de Tenerife, se apoderó de su espíritu tanta tristeza como temor le habían infundido sus llamas.

Parecíales aquella luz el límite, el último faro del universo, y al perderle de vista, se creyeron como separados de la tierra para navegar en el éter de otro planeta, y cayeron en una dolorosa prostracion.

Ocho dias navegaron las carabelas sin ver más horizonte que el mar y el cielo que se unían en todos los confines á su vista.

Por fin, dia el 11 de setiembre los marineros de la *Niña* vieron dos aves llamadas una *garjao* y otra